

Texto de Rosa María Ravera para la muestra individual “Hipótesis Parciales”
En la Galería Hoy en el Arte dirigida por Teresa Nachman
Ciudad Autónoma de Buenos Aires 1999

Luchi Collaud, una artista cuya trayectoria se perfila y aprecia con caracteres bien reconocibles, ya desde varios años. A partir de mediados de la década de los ochenta se hace palpable en su obra una evidencia: la impronta dibujística. Aliada de cierta iconografía que a ratos desaparece, para retornar con insistencia, por períodos.

Por ejemplo la frecuencia del diseño de zapatos. Vemos un cúmulo, una pequeña montaña de zapatos, ese objeto tan familiar, gastado por el uso, por el tiempo. “El paso del tiempo” (84), no elude cierto realismo en la representación de la figura humana, contaminada de irrealidad y de sorprendentes invenciones imaginarias. Una imagen masculina (¿el padre?) en actitud de reflexión, de meditación solitaria. Aislamiento curioseado por dos figuritas que lo observan desde una ventana. Una constante. Las miradas. El ojo. Los testigos.

Se trata sin duda de una artista a la que le importa el acontecer humano, sabiendo de su participación inexorable, sin resignarse a dejar pasar la vida sin preguntarse por la vida, por los otros, por las necesidades, por la solidaridad... y en fin de cuentas por el misterio.

Las experiencias prosiguen hasta que en determinado momento se produce un quiebre. Un cambio personal y artístico. La imagen se transforma conjuntamente con la aparición de nuevas técnicas. Ahora ella va de un soporte a otro, pasa del dibujo a la pintura, cambia el papel por el chapadur. Sigue dominando la preeminencia del dibujo, pero es pintura dibujada. Quizás será otra cosa, más tarde, siempre de acuerdo con exigencias interiores.

Tanto en el plano de la expresión como del contenido la evolución de las formas va labrando su historia. Un aspecto fundamental:

La identificación de lo humano ha desaparecido. Con el borramiento de la personalidad individual cunde el anonimato. El de una humanidad silenciosa, plural, repetitiva-repetición, categoría estética contemporánea, acumulativa, expresiva de otro orden del ser y del aparecer. El hombre quedó reducido a figurita recortada. Pero subsiste la mirada, el ojo.

Hay también otras articulaciones que logran introducir el simbolismo. Se advierten bultos, una suerte de empaquetamiento impreciso. Algo ha quedado

Ha quedado cubierto y es probable que se quiera mantener el secreto que encierra . Podemos pensar que su no –develamiento le caracteriza a la artista la posibilidad de poblar el mundo de significados que repiquetea con viejas y nuevas resonancias, la posibilidad de decir sin decir. De mantener la ambigüedad, el lenguaje indirecto. En determinadas obras esos paquetes, de apariencia nada leve, pueden ser la carga que el hombre arrastra, el peso de la vida, los pecados cometidos. Significaciones desprovistas de univocidad, plurales y heterogéneas, flotan en el imaginario inquieto.

En una interesante imagen, titulada “Estrategias de supervivencia” (97), esa configuración enigmática, semejante a un guante de boxeador, oscila, amenazante, frente a un tropel de despavoridos espectadores que asumen el drama del hombre. Y a lo que se ve, lo padecen.

Los mecanismos de la imagen varían de acuerdo con la diversidad de inspiraciones que suelen introducir esquemas diferentes en la distribución del espacio pictórico. Hay figuras que caen en picada con telón de fondo (“Siempre estamos solos”). Ese fondo con frecuencia poblado por el diseño de multitudes, opera, a veces, como el coro antiguo en la representación teatral: asiste al desarrollo de los eventos dramáticos. También aquí hay teatro, el Teatro del Mundo.

Luchi Collaud no se conforma con pintar lo que percibe del mundo, pretende pensarlo en correlación directa con la búsqueda espiritual devenida en lenguaje mental, siempre compartido. Alianza y comunicación con el otro. El clamor sordo de perfiles humanos que elevan sus brazos y miran con dos puntitos escuetos, quiere manifestar, implícitamente, su hipótesis y apuesta, sabiendo que son y serán indefectiblemente parciales.

Más que una respuesta ella quiere hallar preguntas, aptas para conducir a la vislumbre de una salida. De un camino. Son caminos los frisos que observamos en varias obras, registrando no solo el andar sino el tiempo y El ritmo del acontecer. La pintura misma, en su problemática entidad, es objeto de actitud autorreflexiva, especialmente cuando se convierte en plano

de fondo, o en construcción arquitectónica por la que se desplazan los protagonistas anónimos.

Hay novedades muy ostensibles: la aparición de platos, de cubiertos, nunca una sola unidad, siempre a través de la continuidad de la repetición. Muy significativamente las formas se presentan en plano rebatido (siempre el plano), o sea situadas inequívocamente frente al espectador, lanzados a su deseada participación. Compromiso que solicitan, que requieren. Son formas no neutrales, a veces directamente agresivas, símbolo de necesidades, de exigencias de subsistencia. De carencia, con la polivalencia de un sentido que aúna lo privado y lo público, la singularidad personal y la humanidad entera. En “Acá no pasa nada”, los testigos avanzan con sospechosos boinetes, clamantes, sin mirada.

Para esta artista la pintura no puede ser otra cosa que espacio de inscripción específica y, a la vez, de reflexión y autoconocimiento.

Una particular praxis generadora de intuiciones que intenta una vez más encontrar el modo adecuado de visualizar el universo, interpretando día a día, el peligro del existir en su devenir inevitable.

ROSA MARÍA RAVERA

Presidente Academia Nac. de Bellas Artes

Presidente de la Asoc. Argentina de Estética

Vicepr. Asoc. Argentina de Críticos de Arte